

Lo que no me ha gustado menos, es la feria, que se celebra en este momento en una plazuela, precisamente frente á la casa de la ciudad. Los puestos al aire libre llenos de juguetes y fruslerías, los mercados llenos de palabras risueñas, los transeúntes codeándose, los compradores ocupados, todo aquel torbellino de gritos, risas, injurias y canciones que denominan una feria, tiene bajo el sol de España más rumor y alegría.

En medio de aquella multitud estaba de pie, arrimado á un pilar de la casa de la ciudad, un formidable mocetón de alta estatura. Sus anchos pies descalzos salían de sus calcetas encarnadas; una *muleta* (?) de lana blanca con rayas granate le cubría la cabeza, le envolvía enteramente con sus esculturales pliegues, y no dejaba ver más que su semblante atezado de pómulos salientes, nariz cuadrada, mandíbulas angulosas, barbilla saliente y barbas negras y erizadas; cara de bronce florentino, con ojos de gato silvestre. En el centro de aquel ruido y movimiento, el hombre permanecía inmóvil, grave y taciturno. No era ya un español, sino un árabe.

A dos pasos de aquella estatua, un jocosito italiano, con antiparras en la nariz, mostraba algunos fantoches y dábale al tambor, cantando desde su tablado el antiguo estribillo de Polichinela, *Fantoccini, buraccini, puppi*, de la que hemos hecho en Francia el villancico:

*Le Pantalon  
De Tomon  
N'a pas d'fond.*

Pantalón y el Salvaje se miraban sin comprenderse, como dos habitantes de dos lunas diferentes.

No hay medio de recorrer una feria, y aquella

sobre todo, sin comprar. Yo me dejé llevar de la corriente, abrí la bolsa y envié á la *fonda* todo lo que me habían vendido.

A mi regreso, encontré sobre la mesa un fardo completo de buhonero: amuletos de Zaragoza de oro, plaqué y filigrana, ligas con divisas de Segovia, pilas para agua bendita de vidrio de Bilbao, lamparillas de hojadelata de Cauterets, una caja de cerillas químicas de Hernani, una caja de bastones resinosos que substituyen las velas en Elizondo, papel de Tolosa, un cinturón de montañés del collado de Panticosa, un palo de boj herrado, alpargatas, y dos *muletas* de Pamplona que son de lana magnífica, de trabajo grosero y de gusto exquisito.

Aparte esa feria y algunas calles frecuentadas, Pamplona permanece triste y silenciosa todo el día. Pero desde que se pone el sol, desde que las ventanas y los faroles se alumbran, la ciudad se despierta, la vida se estremece por todas partes, la alegría resplandece, es una rumorosa colmena. Una banda de trompetas y tambores retumba en la Plaza Mayor; son las músicas de la guarnición que dan serenata á la ciudad. La ciudad responde. En todos los pisos, en todas las ventanas, en todos los balcones, se oyen cantos, voces, rumor de guitarras y de castañuelas. Cada casa suena como un enorme cascabel. Añadid á esto los toques de oración de todos los campanarios de la ciudad.

Imaginaréis, tal vez, que ese conjunto es discordante, y que de todos esos confusos conciertos no emana otra cosa que una perfecta cencerrada. Os equivocaríaís. Cuando una ciudad se convierte en orquesta, siempre sale de ella una sinfonía. El aire suaviza los tonos chillones, el espacio apaga los sonidos desafinados, todo se arregla en el conjunto, y

el resultado es armónico. En pequeña escala sería un escándalo, en grande es una música.

Esta música alegra á la población. Los niños juegan delante de las tiendas; los habitantes salen de las casas; la Plaza Mayor se llena de paseantes; los curas y los oficiales abordan á las mujeres con mantilla; las conversaciones se ocultan detrás de los abanicos; bajo los pórticos, los trajinantes persiguen á las maritornes; una suave claridad que viene de cien ventanas abiertas de par en par y vivamente iluminadas alumbran vagamente la plaza. La multitud va y viene y se cruza en aquella penumbra, y nada hay tan agradable como aquella discreta mezcla de bonitas caras entrevistas y de alegres risas sofocadas.

La libertad de los curas bajo este hermoso clima, nada tiene de escandaloso. Es una familiaridad que las costumbres admiten. No obstante, desde mi ventana, donde lo observo todo, oía á tres curas, cubiertos con sus prodigiosos sombreros y envueltos en sus holgadas capas negras, hablar delante de la fonda, y debo confesar que uno de ellos pronunciaba la palabra *muchachas* de una manera que hubiera hecho sonreír á Voltaire.

Hacia las diez de la noche, la plaza se vacía y Pamplona se duerme. Pero el rumor no se extingue en seguida, sino que se prolonga, y no termina con el sueño que empieza. Parece, durante las primeras horas, que el sueño vibra todavía con todas las alegrías de la velada.

A media noche el silencio es completo, y no se oye más que la voz de los serenos que cantan la hora, la cual, cuando estáis á punto de dormiros, estalla bruscamente en la torre vecina, luego se repite lejana y débil en otra torre al extremo de la plaza, luego va disminuyendo de campanario en campanario, y se desvanece entre las tinieblas.

## XII

## LA CABAÑA EN EL MONTE

Poníase el sol y las brumas empezaban á subir de los torrentes, que se oían retumbar profundamente en los perdidos barrancos. Ninguna huella de habitación. El collado iba haciéndose más y más salvaje.

Yo estaba abrumado de fatiga. Divisé á la derecha, en la ladera y á pocos pasos de la senda, al pie de una elevada roca cortada á pico, un bloque de mármol blanco hundido en parte en la tierra. Un gran abeto muerto de vejez y caído de la altura se había detenido en aquel bloque rodando por la pendiente y lo cubría con su ramaje seco y erizado. Rendido como estaba, aquel bloque y aquel árbol muerto, en los que mentalmente colgaba, como tiendas de campaña, nuestros colchones y nuestras mantas, me parecieron que constituían un confortable dormitorio.

Llamé á mis compañeros, que iban unos veinte pasos adelante, y les expliqué mi arquitectura nocturna, declarándoles que mi intención era vivaquear